

www.saboracanela.es


Fragmento de "Sabor a canela"

Un placer para los sentidos, una lectura para saborear.

JOSÉ CARLOS CARMONA

Sabor a canela



 Planeta

 Planeta

JOSÉ CARLOS CARMONA

SABOR A CANELA

CAPÍTULO 1

Cecile Goldberg tenía tres años cuando fue consciente por primera vez del sonido de un violonchelo.

Dibujaba un árbol en un papel cuando Catharina Beyeva, la chelista solista de la Orquesta Sinfónica de Lausanne, comenzó a tocar a dúo con su padre, el pianista Albert Goldberg, en el salón de su casa.

El sonido del violonchelo le hizo reconocer que tenía alma.

Su alma se conmovió con su sonido.

Cecile Goldberg descubrió su alma y la música en el mismo momento. Nunca olvidaría ese instante. Nunca abandonaría la música.

Era 20 de noviembre de 1966, en Suiza se votaba por el sufragio femenino.

CAPÍTULO 2

Su padre, Albert Goldberg, no entendió sus deseos.

Ella amaba el sonido del violonchelo, pero su padre la sentaba al piano. Le enseñaba las notas. Tocaba una tecla y decía: «do». Tocaba otra tecla y decía «sol». Intentaba que ella cantara.

Pero ella ya sabía sus nombres, ya comprendía su significado, ya estaba poseída por los sonidos.

La música en su cabeza ya eran palabras: la re la, si do re la, si do re mi fa sol la sol fa mi fa re.

Y ahora debía cantarlas.

Y ahora debía mover sus dedos en el piano.

Y lo hacía. Sus pequeños dedos. Cecile Goldberg tocando el piano. Cantando por dentro.

Descubriendo su alma.

CAPÍTULO 3

Su madre, Terese Fainberg, miraba por la ventana. Contemplaba el lago Léman.

Oía a su hija, oía el piano, se sentía segura, llena de vida.

Todo lo que amaba estaba allí: su hija, Albert, la música, los libros, el lago, la montaña espléndida.

Cecile cantó la re la, si do re la. Terese volvió la cabeza, le sonrió. Le sonrió como sonríe un alma que ha descubierto a otra.

Cecile comprendió que era comprendida y corrió hacia su madre.

Abrazadas, Terese supo que no había felicidad por encima de ésta.

—Mamá, ¿será la vida siempre así?

Terese no respondió.

CAPÍTULO 4

Todas las tardes eran iguales: su padre se sentaba junto a ella y tocaba la mano izquierda.

Se reían. Albert y Cecile reían.

Había que tocar a la vez: él la izquierda y ella la derecha.

A veces él aceleraba. Ella dejaba de mirar el teclado y le sonreía. Y aceleraba, tocaba a la misma velocidad que él, sin mirar al teclado.

Y se reían.

Albert y su hija Cecile se reían.

Después de muchas veces se ponían de pie y se cambiaban de sitio. Chocaban a propósito, se hacían los contradizos:

—Ah, perdone —le decía él.

—Ah, perdone —le decía ella.

—Ah, perdone —le decía él.

—Ah, perdone —le decía ella.

Y se reían.

Él se sentaba a la derecha y ella a la izquierda. Él tocaba la re la y ella tocaba re sol fa mi, re sol fa mi.

Se reían.

Terese miraba por la ventana.

CAPÍTULO 5

Todas las tardes eran iguales: después de tocar el piano, ella dibujaba un árbol, una montaña, una vaca.

Y su madre cantaba.

Y su padre tocaba.

Su madre cantaba *Wenn du es wüßtest, was träumen heißt von brennenden Küssen.*

Su padre tocaba *mib-sib-mib-sol-si-mib* y decenas de notas unidas que ella oía con claridad, como si cientos de palabras fueran dichas a la vez por cientos de personas y ella las comprendiera todas.

Todas las tardes eran iguales: después de cantar, su madre preparaba el té. Y su padre tocaba. La Sonata n.º 7 de Beethoven, los *Pensamientos poéticos* de Liszt, la *Pavana para una infanta difunta* de Ravel.

Cecile dejaba su dibujo. Se sentaba a la mesa. Esperaba la taza caliente. Ella tenía una pequeñita. Sus padres, una grande con dibujos de pájaros desconocidos.

Todas las tardes eran iguales. Su madre servía el té y luego quebraba con sus manos una rama de canela y ponía un trocito en cada taza.

Cecile Goldberg tenía tres años. No sabía lo que era el dolor. No sabía lo que era la infelicidad. Creía que el mundo era aquello: música, amor, una taza de té y una barrita de canela.